

NOTAS PARA UNA INTERPRETACION DE LOS MITOS COLOMBIANOS

OCTAVIO MARULANDA
Bogotá, Mayo de 1982



Nos preguntamos:

*¿Por qué existen los mitos en el pasado de los pueblos?
¿Por qué sobreviven?*

Según la teoría funcionalista, los mitos se presentan como una necesidad de tipo espiritual, ineludible en la vida de los pueblos. Pudiera decirse que no hay pueblo sin mitos, como no lo hay sin folklore.

Bronislaw Malinowsky cree que el mito es un fenómeno humano universal cuya función práctica es resolver problemas críticos no sujetos a la investigación empírica ni a procedimientos científicos y,

como la religión, el mito cae en la esfera de lo sobrenatural y lo suprasensible.

Si nos apoyamos en Emile Durkheim, en su estudio sobre el pensamiento religioso, el nacimiento de los mitos puede ser simultáneo con el de las creencias religiosas, regidos ambos por las mismas leyes, y bien se sabe que el hombre de las sociedades primitivas, para explicarse los fenómenos de la naturaleza, como la lluvia, el calor, el frío, el viento,



las tempestades, los terremotos, los ataques de las fieras, los atribuía a seres invisibles de gran poder, semejantes a él en sus virtudes y defectos, que actuaban con la arbitrariedad de su carácter, pero con quien había que establecer contacto. En la búsqueda de este contacto nació el ritual y con éste la religión, como una ordenación de creencias.

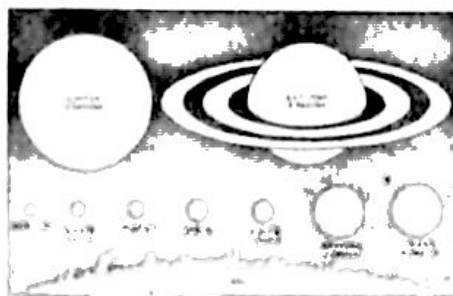
Los mitos transfieren de una manera abierta y dinámica, ligada al devenir histórico de cada grupo social, las personificaciones, dándoles un contenido simbólico y recordatorio. Es decir, al volverse símbolos con un significado preciso, cumplen una función unitiva, aclaratoria, adoctrinante, como puente entre el pasado y el presente.

En otras palabras, donde la historia no está escrita, pero se escucha y se recuerdan los mitos, está presente siempre la memoria colectiva, como una conciencia que obliga a comparar en el tiempo y el espacio la vida de la comunidad.

El proceso de mitificación que sufren los hechos, los seres o las cosas no puede explicarse científicamente. Se mitifican los héroes, como seres humanos, como también puede mitificarse un ente común y corriente. Se mitifican los animales, los vegetales, las montañas, los ríos, los astros, los fenómenos del cosmos, en fin, no hay límites para la mitificación, cuando es la mentalidad del pueblo su origen último. Se transmutan las vivencias, revistiéndose de particularidades concretas, de dibujo preciso, para

individualizarse ante la sensibilidad colectiva.

Los mitos empiezan unas veces por ser simples relatos o leyendas transmitidos de viva voz, de generación en generación, que poco a poco se van enriqueciendo. El pueblo les adjudica parte de su carácter, los colores y esculpe según sus sentimientos y, finalmente, los deja vivir en el tiempo y en el espacio, como algo que flota inexorablemente en la memoria común. Ninguna ley marca pautas, ni medidas, ni sistemas. En este proceso actúan sólo las fuerzas invisibles que motivan los ancestros.



Solo hay algo que es común en todos los mitos: que siempre se refieren a algo o a alguien relacionado con la vida de la comunidad, o que interesa a la misma. Pudiera afirmarse que no hay mitos superfluos desde el punto de vista sociológico.

Todo mito posee una estructura sui-géneris, que no es copia de nada ni de nadie. En esa estructura, los que pudiéramos llamar atributos fundamentales se conservan como una filosofía elemental, y los atributos secundarios, o accesorios cambian o se olvidan.



Los mitos existen, pues, mientras sobreviva la comunidad que los posee. Cuando esta se transforma, aquellos tienden a borrarse, a diluirse, y cuando ya no significan nada, se desechan o pierden su funcionalidad y quedan como simples referencias del pasado. Sería imposible hoy conocer, por ejemplo, el pensamiento griego, sin estudiar el universo mitológico que presidió la vida de Grecia desde remotas épocas. Lo mismo ocurre con las culturas de la India y la China.

Hemos escogido para esta ocasión el panteón de la mitología chibcha no sólo por su importancia cultural, sino por la trascendencia que hoy se le da para el conocimiento de nuestros antecedentes como nacionalidad. Bueno es aclarar, que se trata de los llamados "mitos mayores", es decir, aquellos que fueron objeto de culto y cuya influencia prevaleció aún después del aniquilamiento de la civilización chibcha, sin perder su valor histórico. Esto, es contraposición a los mitos menores, cuyo papel tiene limitaciones de forma y fondo, y se presentan, casi siempre, como subsidiarios o satélites de aquéllos, pero con un sentido particular.

Vistos de manera general, los mitos chibchas se nos ofrecen un poco disgregados, sin parentesco entre sí, como cifras episódicas, al contrario de lo que ocurre en el panteón griego, donde las relaciones entre las divinidades presentan lazos de sangre, formando un estrato complejo, a manera de tejido. Los dioses nuestros son regionales, es decir, su

personalidad sólo es comprensible en un ámbito geográfico determinado. Allí nacen, allí viven y allí mueren.

Como veremos más adelante, la trilogía Chiminigagua, Bochica, Bachue, a pesar de las distancias aparentes entre uno y otro, hacen una agrupación coherente, que no se entrelaza por las actitudes exteriores, sino por los significados cosmogónicos, y en este sentido, creemos, define una etapa de transición entre las formas de vida más primitivas, y la ubicación sedentaria, al obtener técnicas de trabajo y organización social para un desarrollo que superase los problemas que afectaban la meseta Cundi-boyacense.

Así, CHIMINIGAGUA es la fuerza incorpórea del cosmos. Causa de la vida y de la luz. Es el poder total del universo, que todo lo hace y todo lo puede. Es la sabiduría inminente en la materia. Dios masculino, fecundante, tiene su contraparte simbólica en el sol. De él parten todos los significados y todas las presencias, aunque no tenga una forma física reconocible y sólo sea una "fuerza" o una radiación que todos intuyen y presienten. Chiminigagua es la energía primordial en busca de manifestación. En él está contenido el fuego, no como la llama que brota entre dos piedras, frotadas sino como la corriente vital necesaria para la vida en todas las formas.

Por su profundidad metafísica, el mito de Chiminigagua parece ser el más antiguo y quizás, para nosotros, el menos



comprendido. Es preciso tener en cuenta que las descripciones que conocemos de los dioses chibchas proceden en su gran mayoría de cronistas españoles y de testimonios no vernáculos que de ninguna manera podían penetrar en las esencias más sutiles de la interpretación. Sin embargo, la universalidad del pensamiento que encarna, quizás explique la solidez, la coherencia y el sentido de unidad nacional que poseía la cultura chibcha.

La presencia de BOCHICA (mito solar) y de BACHUE (mito lunar, encarnación de CHIA, la luna), el uno transmisor de vida y la otra matriz fecunda para recibirla, parecen obedecer, en una etapa posterior del desenvolvimiento social, a una voluntad ordenadora, como se sugirió antes, para canalizar el progreso de la gran tribu.

De otra manera no podría entenderse cómo las enseñanzas de Bochica tienen en todo momento un fondo civilizador, casi como un programa drástico para diversificar y perfeccionar los sistemas de producción, acabar con el nomadismo, ocasionado por la recurrencia de las aguas de la laguna que era la meseta andina, y dar campo abierto a una agricultura más estable y eficiente, ante el crecimiento de la población.

Bochica ordenó la distribución de la tierra "en proporción a las necesidades de cada cual", haciendo más extensas las áreas propias para el cultivo. En esto su

voluntad se asemejó a las leyes socialistas de los Incas. Veamos un compendio de sus más importantes enseñanzas:

Implantó la utilización de los husos en los telares;

enseñó a usar el telar;

enseñó a emplear el pincel, con fines decorativos;

enseñó el empleo de la arcilla;

enseñó la utilización de la piedra y de la "paja";

enseñó las propiedades del junco y del fique;

enseñó la siembra y el uso del algodón;

enseñó normas para mejorar la calidad del trabajo en general y del comportamiento humano.

Es decir, Bochica introdujo los rudimentos de una primaria organización industrial.

Su papel transitorio, le da el carácter de mensajero, especie de Mesías. Recorre las regiones más pobladas, empezando por Pasca y desaparece en Iza, zonas donde habitaban los caciques más poderosos, pero deja en los caminos sus enseñanzas grabadas en piedra, en lugares de indudable importancia geográfica. Se le conoce con muchos nombres, como Nemquetebe o Nemqueteba, Xue, Chimizapagua, Sadigua, Sugumonxe y Sugunsua, hecho que confirma la verdad de su existencia.

BACHUE, surge como el mito celular nacido de las aguas, representación humana de Chia, la Luna y, por lo tanto,



diosa de la fecundidad, en el papel de madre de los hombres. Nacida en la laguna de Iguaque, sus mayores atributos son el amor a la humanidad, su sentido protector y su papel de maestra de virtudes.

Recordando muy bien que George James Frazer dice que "La mitología podría definirse, quizás, como la filosofía del hombre primitivo" y que Melville Herskovits opina, a su vez, que "la mitología es como la cuarta dimensión de las creencias", nos preguntamos qué papel desempeñaban estos tres dioses, de ascendientes tan distintos y sin ningún nexo entre sí?

A nuestro modo de ver, esta trilogía resumía todo el pensamiento religioso de los chibchas, haciendo un triángulo, similar al triángulo esotérico de los hindúes para explicar el origen de la vida.

Situando estos tres mitos en un triángulo equilátero, tenemos: En la cúspide, esta CHIMINIGAGUA, como supremo ser del cosmos, creador de todas las cosas. **Incorpóreo.**

En el ángulo izquierdo, está BOCHICA, personificación de la voluntad solar, hijo de luz, fuerza masculina.

En el ángulo derecho, está BACHUE, hija de la Luna y de las aguas, prototipo de la fecundidad.

En la filosofía esotérica hindú, dicha trilogía tiene significados muy similares aunque, naturalmente, simbólico.

En la cúspide está, el Espíritu Primordial, la fuente universal de la vida. La mónada, según ellos.

En el ángulo izquierdo está, la energía actuante, positiva, destinada a servir de vehículo a la vida.

En el ángulo derecho está, la materia, negativa, matriz receptora de los poderes fecundantes.

La evolución del cosmos parte de la cúspide, como un impulso total, y al llegar al ángulo izquierdo se transforma en la energía que ha de sustentar al universo; pero esta energía, para realizarse, necesita revertirse de materia, para lo cual se dirige hacia el ángulo derecho, donde está la materia dispuesta a servir de madre de las formas. El triángulo hace un todo, en el cual ningún elemento puede existir sin el otro, pero cada cual tiene un papel específico.

Digamos, pues, en términos más sencillos que en la trilogía chibcha, CHIMINIGAGUA corporizó su energía creadora en Bochica; pero el papel de éste, como semilla, no podía fructificar sin un terreno propicio, sin un vehículo que sirviese a la fecundación, papel que desempeñó BACHUE, cuyos atributos fundamentales partían de la maternidad.

El espíritu primordial no puede tener forma y por eso era incorpóreo CHIMINIGAGUA; en cambio BOCHICA era de raza blanca, vestido





Chiminigagua

*Esta
trilogía
resumía todo
el pensamiento
religioso de los chibchas*

Bochica



Bachué



con túnica de manera extraña a los indios, era caminante infatigable y había llegado por el Oriente, utilizando los mismos caminos del pueblo aborígen. Miguel Triana sostiene que el culto solar era extranjero. Quizás lo que importe no es calificar dicho culto como foráneo, sino saber que su personificación indujo a un cambio total en la vida civilizadora. Que llegó en un momento crucial, cuando los chibchas estaban padeciendo la destrucción y el aniquilamiento de un diluvio que duró tres meses amenazando con acabarlo todo. Bochica reagrupó las gentes, transformó la topografía de la Sabana con su actuación taumática y abrió las puertas de una prosperidad que parecía perdida, deshaciendo la inmensa laguna y poniendo en su lugar a los administradores del bien común.

BACHUE había llenado de gente la tierra, pero gente desorganizada, sin muchas defensas contra los ataques del infortunio. Quiérase o nó, Bochica se presenta a nuestro juicio, como mito necesario, un mito civilizador como lo fue Quetzalcoatl, entre los Aztecas.

Si pasamos una corta revista por el panteón de los dioses menores, encontraremos que fueron creados para cerrar el paso a un caos persistente:

CHIBCHACUM- Dios báculo de la Confederación Chibcha, como se le ha llamado- protector de las siembras, autoritario, malgeniado y realizador. Dotado de una gran fuerza, por su carácter vengativo y voluble, como causante de

las inundaciones de la Sabana, fue condenado por Bochica a cargar la tierra sobre sus hombros, a manera de Hércules, o Atlas.

CUHAVIVA. Dios del arco iris. Hermanaba las lluvias con la luz del sol. Presagiaba catástrofes y enfermedades; pero era débil, y se aplacaba con ofrendas y sacrificio de víctimas. Protegía a las mujeres grávidas.

NENCATACOA.- Dios de la chibcha, amigo de los borrachos, protegía, sin embargo, a los pintores y a los tejedores, convirtiéndose en el mejor amigo de los artesanos. También ayudaba a los indígenas a acarrear la madera para las construcciones. Portador de alegría, le gustaba bailar y cantar. Se transformaba en zorro para ocultar su identidad



Hunzahua





Nemqueteba

GUATAVITA.- Símbolo del adulterio que se origina en una pasión sin límites, provocada por el desenfreno de un esposo inconsciente. Prototipo de la mujer sensual, amorosa, que quiere cumplir su papel. Su fuga, en brazos del amante clandestino, su maternidad, su suicidio en la laguna con su hija pequeña, su recuerdo, reúnen en el mito todos los significados de un imperio moral en crisis.

HUNZAHÚA.- La más fuerte personalidad entre los mitos chibchas, después de Bochica, hablando de los dioses masculinos.

Prototipo de la belleza física, dominador, inspira grandes luchas colectivas. Sensual, tenaz, amoroso, sacrifica todo por el amor incestuoso de su hermana, y es bueno recordar que el matrimonio incestuoso estaba prohibido por los chibchas.

Los mitos menores colombianos, o sea aquellos que reflejan momentos circunstanciales de la vida y que no responden a personificaciones de valor histórico ni religioso, tiene casi en su totalidad una figuración telúrica, expresando simbólicamente la crisis de lucha entre el hombre y la naturaleza. Más parecen



visiones magnificadas por la imaginación popular, que entidades pertenecientes al mundo de las creencias colectivas tradicionales.

La MADREMONTE, o MADRESELVA, por ejemplo, es una "deidad musgosa y putrefacta que cuando quiere hacer el mal a los habitantes de una región se baña en las cabeceras de sus ríos" según la define Arturo Escobar Uribe. Infunde terror porque sus propósitos la llevan a expandir enfermedades y desgracias. Otras veces asume la figura de una mujer hermosa de inmensa y luciente cabellera, que aparece y desaparece persiguiendo las vacas paridas para comerse los fetos o esconder los terneros.

La PATASOLA, o EL PATASOLA, también es un mito selvático, conocido a todo lo largo y ancho de América. Sus deformidades son monstruosas, porque a más de presentar una apariencia de mujer con "ojos desorbitados, nariz de gancho; colmillos felinos, abultados labios, brazos muy largos, un solo pecho y una sola pierna...", actúa con ademanes terroríficos, pero también, como la Madreselva, suele exhibirse como una mujer de lindas facciones para atraer a los hombres y llevarlos a sus refugios. El pueblo le da el sentido de vampiresa, porque dice que saca los niños de las cunas para chuparles la sangre. Lo mismo hace con los cazadores perdidos. Carrasquilla dice en "La Marquesa de Yolombó", que la Patasola desgaja los frutales, rompe los cercos, hunde techos y cuanto topa con su única pezuña.."

El Maestro Pedro Nel Gómez, en uno de sus grandes murales, pintó magistralmente al PATETARRO, mito atormetador de los mineros que también tiene figura de mujer, que grita y llora en la oscuridad, como salida de las entrañas de la tierra.

Se caracteriza por su aspecto desgreñado y sucio, con formas musculosas, parecidas a las de los mineros; pero tiene una pierna grangrenosa que cubre con un tarro de guadua. Anuncia también males y catástrofes y camina por los ríos, como el agua que sale de los lavaderos de oro.



El Patetarro

Otro mito universal, que quizás es remanente del culto a los árboles practicado por los pueblos primitivos, es el HOJARASQUIN, u HOJARASQUIN DEL MONTE, cuya forma física asume



distintas descripciones. En Antioquia, por ejemplo, se parece al mono, con manos y patas muy peludas, de gran tamaño, pero lleva el cuerpo cubierto de hojas secas y musgos. Se dice allí que es el espíritu errante de un hombre que le pegó a la madre y luego, poseído por el demonio, se siente obligado a huir a la selva. En el Valle del Cauca, a la orilla del Océano pacífico, es un ente amable, protector, al cual se le rinde culto en los primeros días del año. Allí es ejecuta una danza de hojarasquines, en la cual los oficiantes van cubiertos totalmente de hojas vegetales muy frescas y bien arregladas. Al compás de tambores y ritmos, danzan toda una noche, simulando una fiesta de grandes ramazones. En otros lugares se le atribuyen cualidades infernales, como producto de la unión entre un monstruo vegetal y una burra. Pero en casi todos los países del mundo se le presenta como un endriago cuya existencia depende de la vida de los bosques.

EL BRACAMONTE, descrito por Escobar Uribe, como "un endriago pastoril, jamás visto por ser humano, porque selvático y montaraz como lo es, nunca abandona la espesura de los montes donde habita. Se sabe de su existencia, porque en las noches lóbregas y tempestuosas se le oye bramar...". Es una voz catastrófica que asusta a los animales tanto como a los hombres, que, como otros mitos, anuncia pestes y tragedias.

Otros mitos como **EL GRITON**, **LA MULA SIN CABEZA**, en fin, tienen



menor relieve. Pero en los momentos actuales quizás el mito más importante es el **MOHAN**, cuyos dominios se extienden a todo lo largo y lo ancho de la Zona Andina. Su nombre deriva de la misma palabra en el lenguaje de los chibchas con la cual se designaba un sacerdote o jeque, que tenía funciones religiosas. Una leyenda existente en el Tolima dice que en medio del exterminio cumplido por los españoles, dicho sacerdote huyó a los montes, seguido de indios que le rendían respeto y alguna veneración. Su presencia radiante y algo milagrosa, alimentó después de su muerte la imaginación y el recuerdo de los campesinos. Al parecer, su fuga se cumplió por las aguas del río Magdalena, refugiándose en las rocas de la orilla.

Pasado el tiempo, la imagen del **MOHAM** ha prevalecido en el recuerdo de las gentes; pero ha tomado una figuración condicionada a las características de cada región.

En el **TOLIMA**, por ejemplo es un hombre musculoso, de aspecto indígena, cubierto de pelo, con ojos brillantes y aspecto sombrío.

Su estatua se conserva en un parque de El Espinal, casi como documento histórico. Es enamorado de las mujeres jóvenes, a quienes fisgonea entre las ramas cuando se bañan en el río. Juega con los pescadores, les anuda las redes, los espanta la pesca, los llama y entorpece. A veces se roba las doncellas para violarlas. Se le suele ver en los peñas-

cos abruptos de las márgenes del río Magdalena, y hay quien escuchado su voz, en tono de charla. De pronto toma una canoa y navega río arriba, sin remar; o camina sobre las aguas, con relieves fantasmagóricos. Noel Ramírez en su libro "Cuentos y Leyendas" del Tolima, escribe que "cuando uno va por entre el río y escucha los juegos del viento, se siente como embrujado; no sabe distinguir si es que viene o va gente conversando, o si son señales de peligro.... En los anchos playones de los ríos celebraban los mohanes sus fiestas en noches de verano; tocan músicas dulcísimas que embelesan y atraen; son raros sus instrumentos melodiosos: capadores de carrizo, pequeños tamboriles forrados en cueros de culebra; toscas bandolas con cuerdas de tripas de águila. Cuando andan solos, tocan también a veces, y hacen recordar entonces al dulce dios bicorne de la encantada flauta de los siete canutos..." Al decir de Jaime Buitrago, en "Los Pescadores del Magdalena", el Mohan, metido entre los "bancales de agua, ... junta todos los tesoros del río, donde tiene oro, perlas, diamantes, rubíes y muchas riquezas..."

La presencia del MOHAN en la orilla oriental del Magdalena, en los Departamentos de Cundinamarca y Boyacá, asume otros contornos. Escobar Uribe recoge una versión según la cual "en las montañas de La Paz ocurrió un deslizamiento de tierra que provocó el desbordamiento de un riachuelo, cuyas aguas arrasaron todos los contornos. Los campesinos atribuyeron el episodio al MOHAN;

quienes lo vieron cabalgando sobre una inmensa piedra, dirigiendo la creciente. Un fenómeno geológico sucedido en Fómeque, con cambios de temperatura y humaredas, también se adjudicó al MITO en referencia.

En Antioquia, se le dice "MUAN" y se confunde con un duende maléfico y juguetón, unas veces, y otras, se le define como deidad selvática protectora.



El Mohán

Por nuestra parte, en las investigaciones de campo realizadas por cuenta del Centro de Orientación Musical "Francisco Cristancho Camargo", hemos encontrado en la región comprendida entre Machetá, Garagoa y Manta, que el MOHAN tiene arraigos y vivencias profundamente relacionados con el devenir cotidiano. La totalidad de los informantes dicen haberlo visto de cerca, o



haberlo sentido. Dicen que habita en las rocas, cuyas cavidades cuida. En Machetá, por ejemplo, hay un mohán instalado en la orilla de la carretera que conduce hacia los Llanos Orientales. En dicho lugar se han producido derrumbes invernales, que invariablemente son atribuidos al Mito. Antes de suceder los aludes se oye su canto y su música. Cerca de allí, un anciano agregado, vio varias veces dos MOHANES que caminaban por la carretera cantando.- En Manta, hacia los lados de la laguna de "La Petaca", el Mohan preside los ritos invernales para inundar las fincas, interrumpir los caminos, o desatar las lluvias. Un vecino de la población sostiene que el Mito toca el torbellino como nunca se puede oír, y otro dice sentirlo en la orilla de las quebradas con una voz hermosísima. Las descripciones de los pobladores de la región son en sumo grado realistas, y varios de ellos sostienen haber visto la figura del mito muy cerca, distinguiendo su voz siempre agradable. Un niño de 13 años describe al MOHAN como un amigo a quien de vez en cuando se ve. La misma laguna de La Petaca está vigilada por una corte de Mahanes, cuyos ecos resuenan en noches de luna. Cierta vez, una pequeña quebrada que corre no lejos de la localidad de Manta, hacia La Floresta, se desbordó. Los campesinos salieron a protegerse y muchos vieron cómo el Mohan, cabalgando sobre una gran piedra, rodaba sobre el turbión riendo y cantando, con ojos "lentos de luz".

El carácter telúrico de los primeros mitos



mencionados, la MADREMONTE, LA PATASOLA, LA PATETARRO, EL HOJARASQUIN DEL MONTE, LA BRACAMONTE, si se examinan bien sus atributos, es casi obvio, y, como se dijo al principio, simbolizan la lucha del hombre contra la naturaleza, en un medio hostil. La dualidad entre una forma semi-humana, con deformidades, por lo común femenina, con rebordes trágicos, pero asociada a la premonición de sucesos catastróficos, reúne en un solo elemento viejas fábulas de terror, que vienen desde la Edad Media y que se quedaron en las montañas de América. Falta seguir el rastro en el tiempo de estos endriagos para descubrir su verdadero origen histórico, aunque siguen cumpliendo su papel en la imaginación del pueblo.



La Patasola

El MOHAN, en cambio, autóctono como la misma sangre de los chibchas, presente un relieve más complejo. Sus atributos fundamentales son:

- a) Características físicas humanas precisas, que casi siempre recuerdan la textura del indio;
- b) presencia asociada a las montañas rocosas, donde fluye el agua;
- c) promotor de inundaciones, derrumbes invernales, o lluvias tempestuosas;

Características secundarias:

- a) Forma física cambiante, pero siempre dentro de la configuración humanoide.
- b) Su presencia esta asociada a la música, en unos casos instrumental, y en otro al canto, en el marco de la tradición popular.
- c) No infunde terror, en el sentido catastrófico de la palabra. Sus actitudes son de amigo cercano.
- d) No huye de los hombres, y gusta dejarse ver.

A diferencia del MOHAN de la otra orilla del Magdalena, el de la Meseta Cundi-Boyacense, como una incipiente deidad acuática, sólo se preocupa por el acontecer de la naturaleza, desde luego, en épocas en que los períodos lunares a los ciclos invernales exigen que

cumpla su papel. Vive distante de los hombres, pero tampoco busca el daño físico de personas en particular, como ocurre con el raptor de doncellas en los playones de Ambalema o Natagaima. Carece de crueldad, y su atmósfera sugiere un mundo vital en el cosmos, donde se juntan la tierra y el agua, antes de las siembras. El punto focal de su personalidad es su vocación por las aguas, en una atmósfera donde ese elemento fue la clave del desarrollo agrícola y de cierto modo, espiritual. En este sentido se acerca un poco a Bachué, nacida en la laguna de Itaca, y a Guatavita, la esposa adúltera, que se suicidó lanzándose a la laguna que era posesión de sus padres.

Pero los mitos telúricos no son propiedad solamente de la cultura andina. En los Llanos Orientales, también como producto de nuestras investigaciones con el COMCES, hallamos, quizás, con una dimensión más dramática, como el SILFO, la BOLA DE FUEGO y EL SALVAJE, se hacen ver sentir del hombre, a quien se le han vuelto familiar.

EL SILFO es, como la palabra lo indica, un silbido modulante, pero corto, que se oye intempestivamente en cualquier parte de la llanura, sin estar precedido de un fenómeno o episodio particular. A veces cerca del oído, a veces lejos, pasa y se repite, con una misteriosa espontaneidad. Algunos llaneros creen que, sin embargo, anuncia sucesos poco agradables. Ya nadie se asusta, pero nadie sabe qué es ni de dónde proviene.



Tampoco dicen los informantes si asusta el ganado o lo hace cambiar de conducta. Ellos lo aceptan como algo que pertenece a la naturaleza de la llanura, como algo que tiene los mismos atributos del viento.



La Llorona

En cambio la BOLA DE FUEGO, que recuerda la CANDILEJA de Barrio de la Cruz, en Cali, es un fenómeno de mayor entidad, que muestra hasta cierto punto un grado de conciencia para actuar. Juan Guerrero, de 81 años, Rito Segovia, de 75, y Severo Avila, de 70. La pintan como una bola luminosa, de radiaciones intensas y buen tamaño, que aparece de noche, sin aviso, haciendo movimientos intempestivos, ondulantes y vagarosos, como si se propusiese jugar con quienes la ven. Juan Guerrero

refirió con palabras muy concretas, como en cierta ocasión, una bola de fuego derribó un jinete de su cabalgadura, dándose un golpe tan fuerte, que le produjo la muerte. Y cómo, en otra oportunidad, estuvo amenazado por mito, que trató de atacarlo. Miguel Angel Martín, en sus comentarios al "Folclor Llanero", describe la "Bola de fuego" como un farol grande que se aparece a algunas personas en las noches oscuras del llano. Se dice que es el espíritu de una madre que decapitó su hijo y que iba a ser obispo. Los informantes de nuestra investigación manifestaron que la única manera de alejarla es decirle en tono insultante palabras groseras. Delante de ella no se puede rezar, porque de hacerlo, más se acerca.

Finalmente, el SALVAJE, es la versión llanera del Hojarasquín, aunque modificada por el ámbito geográfico. Se le representa como un tronco medio podrido, que flota en las aguas lodosas de las orillas de los ríos, pero conserva cortezas aún frescas de ramaje. Su conformación general simula un hombre deformado de gran tamaño, cuya actitud es más bien resignada y triste, pero aterradora por el aspecto que tiene. Delante de él se siente el frío de la muerte y hay que huir para salvarse de su extraño influjo.

Una conclusión definitiva se puede tomar: y es que, a la altura de los conocimientos expuestos, los mitos más importantes son aquellos que presentan una caracterización humana, siendo el



ejemplo más típico el MOHAN, en el cual se reúnen particularidades de raíz histórica. Los demás, aproximándose a las actitudes humanoides, quizás personifiquen una suma de acontecimientos, como el caso de la PATETARRO, o un ancestro cosmogónico como el HOJARASQUIN.

En la mayoría de ellos, como la PATASOLA, LA MADREMONTE, LA BRACAMONTE, LA BOLA DE FUEGO, hay un contenido aleccionante, una experiencia sublimada, una prevención social, cuya corporización mantiene en vigilia la conciencia de las gentes, por la vía del dolor, con signos trágicos.

Falta mucho aún por hacer en la indagación sobre los mitos colombianos. Pero una cosa es cierta, ellos contienen un substrato de significados que, al descubrirse, nos hablarán muy claro del pensamiento que alimentó las creencias de nuestros antepasados.

